

Narrativa: Andanzas hacia la docencia

Karina de la Luz Ramírez Lira*

Desde muy pequeña, sin saberlo con claridad, ya habitaba en mí una inclinación natural hacia la docencia. Recuerdo jugar a ser maestra, organizar cuadernos imaginarios, explicar temas que quizá ni comprendía del todo, pero que ya me emocionaban profundamente. Aquellos juegos, que en su momento parecían simples, eran en realidad los primeros indicios de una vocación que con el tiempo tomaría forma.

Sin embargo, el camino hacia la docencia no fue completamente lineal. Hubo un momento en el que consideré estudiar nutrición; parecía una opción viable, estructurada, incluso lógica. Pero el destino —o tal vez algo más profundo— intervino de manera inesperada. Un día, casi por coincidencia, llegué a la Universidad La Salle para solicitar información. Entre los folletos disponibles, tomé también el de la licenciatura en educación. Bastó leer el perfil de egreso para reconocermé en esas palabras: ahí estaba lo que yo quería ser, lo que yo podía construir. No fue una decisión impulsiva, fue un encuentro conmigo misma.

Elegí la educación porque en ella encontré un espacio donde convergen mis ideales más profundos: el respeto a los derechos humanos, la atención a grupos vulnerables y la construcción de una cultura de paz. Más que una carrera, la educación representaba una posibilidad de incidir en la vida de otros, de acompañar procesos, de generar cambios reales, aunque fueran pequeños.

Durante mi formación, las prácticas profesionales marcaron un antes y un después en mi manera de entender la enseñanza. Tuve la oportunidad de trabajar con personas en situación de calle y con problemas de adicciones, en un proyecto enfocado en la reinserción social a través de la terapia ocupacional. Fue una experiencia profundamente confrontante. Escuchar sus historias de vida, conocer sus luchas, sus pérdidas y sus intentos por reconstruirse, me permitió dimensionar el verdadero alcance de la educación.

Había días en los que compartíamos espacios de trabajo, diálogo y aprendizaje, y otros en los que volvía a ver a esas mismas personas en

la calle, consumidas nuevamente por sus circunstancias. Esa dualidad me impactó profundamente. Comprendí que educar no siempre implica resultados inmediatos ni visibles, pero sí deja huellas, siembra posibilidades, abre caminos que en algún momento pueden ser retomados.

Más adelante, ya en mi práctica docente, viví uno de los momentos más significativos de mi trayectoria. En mi primer año como maestra, en un grupo de tercero de preescolar, recibí a un niño proveniente de un contexto familiar altamente violento. Su punto de partida era complejo: no reconocía vocales, no tenía bases académicas y, más allá de lo cognitivo, cargaba con una historia que se reflejaba en su forma de relacionarse con el mundo.

Sin embargo, había en él algo inquebrantable: sus ganas de aprender. Día con día, con esfuerzo, constancia y una determinación admirable, fue apropiándose del conocimiento. En poco tiempo logró avances que parecían improbables. Aprendió a leer, a escribir y, sobre todo, a confiar en sí mismo. Acompañar ese proceso no sólo fue un logro profesional, fue una experiencia profundamente humana que reafirmó mi convicción de estar en el lugar correcto.

Hoy, al mirar mi camino, reconozco que ser maestra es mucho más que una profesión. Es una responsabilidad que asumo con orgullo, pero también con plena conciencia de los retos que implica en la actualidad. Las nuevas generaciones demandan sensibilidad, innovación y, sobre todo, una presencia auténtica.

Me defino como una maestra amorosa, no por ingenuidad, sino por convicción. Creo firmemente que el amor, la seguridad y la confianza son la base para cualquier aprendizaje significativo. Son también los cimientos para formar ciudadanos capaces de convivir, de respetar y de transformar su entorno.

Ser docente, para mí, es un acto de compromiso constante, una construcción diaria que se nutre de cada experiencia, de cada estudiante y de cada historia compartida. Y aunque el camino no siempre es sencillo, tengo la certeza de que elegí el lugar donde mi vocación encuentra sentido y donde mi pasión puede convertirse, día a día, en una posibilidad para otros.

*Maestra en Investigación y Desarrollo de Innovaciones Educativas. Docente en el Colegio La Salle Américas de León, Guanajuato. karinarali837@gmail.com